

# La enseñanza de la historia de la arquitectura

«No podemos prescindir del pasado. Y no podremos conocer bien el presente —conocer y amar—, si no nos compenetramos de lo que hicieron, sintieron y amaron nuestros antepasados. El estudio de las letras clásicas es base indispensable de toda educación. Y no podrá haber buen escritor sin una base seria de estudios clásicos. Sin clásicos, un escritor no conocerá su lengua. Y eso es lo primero que debe saber todo escritor.»

*AZORÍN, El paisaje en las letras clásicas*

**E**ra tema frecuente de discusiones escolares, en los años aun no muy lejanos de nuestro aprendizaje en el caserón próximo a la calle de Toledo, el de la utilidad del estudio de la historia artística en la formación de los arquitectos. Muchachos jóvenes todos, de lengua expedita y con el dogmatismo intransigente propio de los pocos años, de no escasa personalidad y gran independencia de juicio muchos de ellos, en las discusiones se emitían las opiniones más contrarias y absurdas, llegándose a conclusiones desconcertantes. Hoy, que el desgaste implacable de unos cuantos años nos ha dado alguna experiencia y hemos perdido totalmente aquel valor juvenil para emitir juicios rápidos y categóricos, reconociendo, por el contrario, el fondo de verdad que suele existir en toda opinión sinceramente expuesta, nos complace reanudar aquí aquellas apasionadas charlas de los años escolares. Lo que entonces eran afirmaciones exclusivas y negaciones rotundas, son hoy reservas mentales y condicionamientos innumerables. ¡Acción fatal del tiempo que va redondeando las aristas más agudas y poniendo interrogaciones en lo que fueron antaño artículos de fe!

\* \* \*

El problema se ha tratado innumerables veces por gentes de las más distintas ideologías. El artista, ¿necesita conocer lo que han hecho sus antecesores, el caudal enorme de las obras del pasado, o, por el contrario, ignorante de la tradición, ha de inspirarse tan sólo en la vida? Dejemos a un lado la cuestión en lo referente a las demás artes para ocuparnos tan sólo de lo que afecta a la arquitectura.

Muchas veces hemos oído decir a los defensores del antihistoricismo que algunos de nuestros mejores arquitectos ignoraban las nociones elementales de historia arquitectónica. Para proyectar excelentes obras —decían— no se necesita saber lo que han hecho los demás, lo que han laborado los grandes maestros y las épocas más excelsas. Huyamos de la tradición;

tan sólo es posible crear algo original y moderno desconociendo el pretérito. Si nos entregamos a su estudio, se ahogará nuestra personalidad de artistas actuales; perdidos en la selva inmensa del pasado, tan sólo seremos plagarios condenados toda la vida a la evocación de formas viejas. Y lo más fuerte, lo más vital de nuestro temperamento artístico quedará ahogado por el perfume letal de la abrumadora tradición.

\* \* \*

El arquitecto no tiene más remedio que echar mano de un cierto número de formas y disposiciones para crear sus obras. Imposible inventarlas sacándolas de la nada: se las encuentra ya elaboradas; son como las palabras para el escritor, palabras que luego éste, si es hombre de talento, agrupará expresando ideas originales en un estilo personal. Si el arquitecto desconoce la tradición, si ignora la historia de su arte, fatalmente tomará las formas para sus creaciones de los edificios que contempla a su alrededor, y de aquellos otros que, por la fotografía o el dibujo, lleguen a sus manos. Es decir, que inevitablemente se inspirará en la tradición; pero en una tradición híbrida, de segunda o tercera mano. La historia de la arquitectura le ofrecerá, en cambio, un caudal de formas depuradas por obra de una lenta selección. «Pretender —dice Ingres, citado por Azorín<sup>1</sup>— prescindir del estudio de los antiguos y de los clásicos, o es locura, o es pereza. Sí; el arte anticlásico, si es que es un arte, no es sino un arte de perezosos; es la doctrina de los que quieren producir sin haber trabajado, saber sin haber aprendido; es un arte sin fe y sin disciplina... Si consultamos la experiencia, encontraremos que, familiarizándonos con los inventos de los demás, es como se aprende, en el arte, a inventar uno mismo, del mismo modo que nos habituamos a pensar leyendo los ajenos libros. Por tanto, observando, estudiando incesantemente las obras maestras, es como podemos vivificar nuestros propios medios y hacer que se desenvuelvan.» Tales palabras de Ingres, escritas pensando en la pintura y en la escultura, son aún más ciertas y comprobables al aplicarse a un arte que, como el de la arquitectura, además de ser el más social y colectivo, tiene por fin satisfacer una de las más apremiantes necesidades humanas.

El peligro del estudio de las obras del pasado, dicen sus enemigos, consiste en que, sumergidos en él, acostumbrados a sus formas, perdamos el contacto con la realidad actual, convirtiéndonos en plagarios del estilo de una época pasada. Un análisis de la historia arquitectónica acertado y vital, no producirá nunca la imitación ni menos la copia. Deberá profundizar en la entraña de la evolución constructiva y decorativa, mostrando cómo los grandes maestros y las épocas más refinadas han resuelto los problemas arquitectónicos; tras las formas tratará de mostrar la razón íntima a que obedecen y su ritmo. Y el arquitecto que tras de lo externo de las disposiciones de

<sup>1</sup> La obra de un crítico.

los estilos históricos que cualquiera, aun el más ignorante, puede imitar, haya aprendido a deducir la razón de su empleo en cada caso especial, creemos que será el que las tratará con más respeto, no extrayéndolas de un pasado lejano para emplearlas irracionalmente en los edificios modernos. Cuanta más historia arquitectónica se enseñe en nuestras escuelas, menos plagios de edificios antiguos, creemos, se verán en las calles de nuestras ciudades.

Estudiemos, pues, la historia arquitectónica. Compenetrémonos íntimamente con las obras de los grandes arquitectos del pasado, no para copiarlos y emplear idénticas formas y disposiciones que las que ellos emplearon, sino para conocer sus «recursos técnicos» y «sus medios de expresión», para ver cómo resolvieron algunos de estos problemas de la arquitectura, muchos de los cuales son permanentes, eternos. Aprovechemos la experiencia de nuestros antecesores, moviéndonos libremente dentro de la tradición. «Experiencia e independencia»<sup>2</sup>: tal debe ser la fórmula actual para la formación de los arquitectos.

\* \* \*

Si interrogamos a los grandes arquitectos del pasado se fortalecerá nuestro convencimiento.

Las épocas arquitectónicas más originales y fecundas han sido iniciadas por gentes que acudieron devotamente a la escuela de la antigüedad.

Los grandes artistas del renacimiento estudiaron concienzudamente las obras clásicas, las dibujaron y midieron, y, modestamente, no pretendieron otro título que el de plagiarios. Examinemos algunos de los edificios más excelsos de nuestra Patria: la catedral de Santiago, la de Toledo, la Lonja de Valencia, El Escorial. ¿Cuántos elementos arquitectónicos o decorativos nuevos, es decir, no empleados hasta su construcción, encontramos en ellos? Puede decirse que ninguno: el valor de tales edificios no consiste en la novedad de su envoltura sino en lo acertado de su disposición, en la relación entre sus partes, en el ritmo interno con que se han acondicionado.

Los movimientos arquitectónicos modernos más importantes, prescindiendo de aquellos otros efímeros que han muerto tras breve existencia, partieron de un conocimiento profundo del pasado.

Otto Wágner, el revolucionario Otto Wágner, estudió intensamente la arquitectura griega antes de iniciar su escuela. Los arquitectos alemanes más innovadores fueron también primero fervorosos discípulos del pasado. De la nada, es decir, del desconocimiento absoluto de las formas históricas, es imposible que salga un movimiento fecundo. Para innovar, para dar un salto hacia el porvenir, hay que apoyarse fuertemente en lo que atrás queda.

\* \* \*

---

<sup>2</sup> Azorín.

Otro aspecto interesante de la enseñanza de la historia arquitectónica es el de la formación del gusto. Para juzgar las obras de arquitectura, inevitable, fatalmente, hemos de acudir a la tradición. La norma de nuestro juicio crítico, la medida con la que hemos de valorar la obra actual está en el pasado, es decir, en nuestra experiencia. Y esto por muy revolucionarios, por muy demoledores que seamos. Nuestra vista y nuestra inteligencia educáanse en la contemplación de ciertas formas y proporciones; cuando brutal e insospechadamente tropezamos con obras que las ignoran o desdeñan, si somos sinceros, hemos de confesar que no gustamos de ellas, a pesar de nuestro moderno eclecticismo que pretende gozar y comprender todo. Si educamos la vista y la inteligencia en la contemplación de las obras más excelsas y depuradas de la historia arquitectónica, nos repugnarán aquellas otras que no lo sean. Habremos así educado esa cualidad imponderable y no sujeta a reglas ni preceptos que es el gusto, es decir, la refinada y espiritual sensibilidad artística. Y exigentes al mismo tiempo con nosotros mismos, con nuestras obras, seremos eternos descontentos de ellas y sus críticos más implacables y seguros, teniendo siempre un germen de desconfianza y ansia de perfección de nuestra propia labor, que será acicate implacable de progreso y mejora.

\* \* \*

Con frecuencia se olvida lo que debe ser la historia de la arquitectura en la formación de los arquitectos. Dos son los aspectos que en su enseñanza creemos han de tenerse en cuenta: uno de cultura, de conocimiento del arte arquitectónico pretérito, esencial para el que actualmente lo practica.

Otro, tal vez más importante que el primero, de familiarización con los problemas constructivos y decorativos que se han ido resolviendo a través de la historia arquitectónica. El primero es el que se tiene más en cuenta generalmente en la enseñanza, haciendo de la historia una asignatura erudita y verbal de fechas, estilos perfectamente definidos y algunos nombres. La historia de la arquitectura así es la que podría explicarse a gentes no técnicas, para los que fuera a ser tan sólo un bagaje intelectual. Pero para el arquitecto debe ser algo más que eso, debe ser el punto de apoyo de todas sus creaciones: la historia le irá familiarizando con el lenguaje que ha de hablar durante toda su vida artística. Y para que entienda este lenguaje, para que aprenda a manejarle y luego llegue a hablar en él personalmente, hay que sacar la enseñanza de la historia de la cátedra, quitándola su aspecto exclusivamente verbal y erudito, complementándola con el estudio gráfico y directo de los monumentos. Todas las explicaciones teóricas sobre el barroco madrileño, por ejemplo, dadas aun delante de los edificios que lo representan, no adquirirán su máximo valor docente hasta que los alumnos no hayan levantado la planta de un monumento de ese estilo, dibujado una puerta, un perfil, un pináculo, un detalle cualquiera de él.

Se me argumentará que tal labor es propia de otras asignaturas que forman nuestro actual plan de enseñanza; pero es que cuando ésta llega ya a su último grado de aplicación directa a la profesión, todas las disciplinas están tan íntimamente trabadas, que la división por asignaturas puede ser práctica para la organización docente, pero resulta absurda en la realidad. El profesor de Construcción, por ejemplo, tendrá que recurrir a la Historia, así como los de Teoría y Composición y Dibujo de conjuntos; el de Historia se verá obligado con frecuencia a entrar en el campo fijado por esas y otras asignaturas.

\* \* \*

Olvídase también frecuentemente en la enseñanza de la historia arquitectónica el concepto que nosotros creemos fundamental en ella: el de evolución incesante, ininterrumpida, que hace que un estilo o una forma sean tan sólo un momento pasajero de un fluir continuo.

Es peligroso y expuesto a error el enseñar que en una época se usaron determinadas formas y disposiciones, considerándolas en cierto modo aisladas de sus precedentes y consecuencias. Nuestra inteligencia muestra siempre gran preferencia por las cosas concretas, y en el caso enunciado tiende a concebir la historia arquitectónica como una serie de compartimentos estancos aislados y fijos a los cuales falta el dinamismo de todo lo vital.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS

*Arquitectura.*  
*Febrero, 1922*